

GUANACASTE:

LIBERIA
CARRILLO
SANTA CRUZ
NICOYA
CAÑAS
BAGACES
ABANGARES

UNION

REVISTA QUINCENAL**PROPAGANDA:**

AGRICULTURA
GANADERIA
INDUSTRIA
HIGIENE
ALCOHOLISMO
PEDAGOGIA, ETC.
(CIENCIA Y ARTE)

FUNDADOR

A. ALVAREZ HURTADO

REDACTORES

CLIMACO PEREZ Y SALVADOR VILLAR**Año I****Rep. de Centro América, Costa Rica, Junio 15 de 1920****No. 4**

DOCTOR
Justo Villar Córdoba

Nació en Liberia, capital de la provincia de Guanacaste, por los años de 1860. Sus padres fueron Pablo Villar y Sixta Córdoba. Muy joven fue enviado a un colegio de Nicaragua regentado por miembros de la Compañía de Jesús quienes se lo llevaron cuando fueron expulsados de aquella República. Continuó sus estudios en Panamá y de allí pasó al Ecuador y luego a Bogotá. Después se dirigió a Francia con hermanos de la Compañía continuando sus estudios, y por último se radicó en una ciudad alemana en cuya Universidad obtuvo el título de doctor en Filosofía, Teología y Letras y además tomó las órdenes correspondientes, ingresando como miembro de la Compañía de Jesús. Se radicó luego en París; allí ejerció el profesorado por espacio de algunos años en colegios católicos. Luego visitó España y Portugal de donde salió en misión

a determinadas regiones de la India y la Cochinchina. Vuelto a España de tan dilatado y penoso viaje en el que ensanchó considerablemente el caudal de sus conocimientos y experiencias, se dirigió a Colombia, país de su predilección, y después de haber permanecido algún tiempo en Bogotá, resolvió retirarse a Ibagué en cuyo Seminario Mayor tuvo a su cargo los ramos de Geografía, Historia y Literatura.

Imposibilitado por enfermedad para desempeñar nuevas misiones, se separó de la Compañía de Jesús y adoptó la vida sacerdotal. Fue entonces en 1912, cuando obtuvo permiso y vino a Costa Rica, deseoso de conocer su país y su familia. Estuvo en Liberia y aceptó interinamente los modestos curatos de Bagaces y Filadelfia. Era su deseo descansar y pasar los últimos años al lado de su familia, pero el Obispo colombiano del cual él dependía, lo llamó con urgencia.

En noviembre de 1918 murió en San Lorenzo del Departamento de Tolima el Dr. Villar cuya modestia, bondad y vasta erudición tuvieron oportunidad de apreciar aquí algunas personas, y cuya labor cultural, en los lejanos escenarios en donde actuó, ha de haber sido de valor inestimable.

Las cuatro virtudes cardinales que se deben inculcar desde la infancia

(C. O. Bungler)

Continuación

II. **MODESTIA**.—El hombre nace con sentimientos y necesidades personalísimas, egoístas, imperiosas. Pero destinado por circunstancias a vivir, desde la hora del nacimiento, en contacto con sus semejantes, debe modificar su egoísmo anti-social disciplinándose, *reduciendo su personalidad en relación al medio ambiente*. Esto es, psicológicamente, a mi juicio, el sentimiento de la modestia. Altruismo, caridad, disciplina, prudencia, urbanidad, sobriedad, reserva, discreción, pudor, decoro, sencillez, naturalidad, etc., son derivados o coparticipes o matices de un sentimiento fundamental que podemos llamar "modestia". . . . Se diría que el hombre es un animal social porque combate, en su propio interés, sus sentimientos antisociales. En tal sentido, la modestia es la condición de la sociabilidad. ¡Sagaces psicólogos fueron los redactores de los estatutos de las universidades medioevales, cuando reglamentaban, como en Oxford, bajo el simple epígrafe de "modestia" la disciplina, la jerarquía, el traje, los modales y las costumbres de los *scholaribus!*

La modestia es, en el mediocre, lo que la sinceridad en el hombre de talento.

Es modesto quien se contenta con la verdad común, sin enjaezarla como las mulas de la feria. Es modesto quien se reduce a su esfera, sin mentir, ni mentirse grandezas. Y así como en el grande hombre la sinceridad es la sabiduría, en el mediocre la sabiduría es la modestia. Con la sinceridad aquél marca los rumbos; con la modestia éste los sigue.

Serio defecto, es, en el niño, la irrespetuosidad continua para con sus superiores. Revela un fondo de bajeza y grosería. . . El mejor modo de imponerle el respeto, es con el respeto y la palabra. Todo hombre que lleva en sí un principio de superioridad comienza, en la adolescencia, por buscar sus ídolos. Diríase que como no puede hallar todavía en él esa superioridad que tiene latente y en forma de vaga

aspiración, la concreta en un extraño. Los hombres de talento, de niños, encuentran generalmente esos ídolos en el pasado; un César en un Alejandro, un Kant en un Rousseau, un Wagner en un Beethoven. Los varones ilustres de Plutarco fanatizan en su juventud a todo futuro varón ilustre. El superhombre llega aún, en su iniciación, a identificarse, por admiración ardiente, con éste o aquél precursor, a quien imita casi sin saberlo. Luego en la juventud, cuando produce sólo, suele romper de un mazazo, dentro de su alma los antiguos modelos. Parece que se encarnó primero en ellos, para poderlos sobrepasar después. Así en el educando mediocre debe exigirse el respeto para todos; en el superior, siquiera para algunos.

La petulancia, el exhibicionismo, la jactancia de prematura hombría, todo es inmodestia, y la inmodestia hace al hombre falso e inútil. Quien de niño se toma libertades de hombre, de hombre se tomará libertades de niño. Y no de irresponsables niños; sino de hombres responsabilísimos debe componerse toda sociedad sana y progresista.

III. **TRABAJO**.—Muchas veces he pensado que el progreso de las naciones, y hasta sus sentimientos y su moral, están en razón directa con la actividad de sus individuos. Que aun de la actividad para el mal, resulta un recrudescimiento en la lucha por la vida, de la cual la sociedad gana siempre en experiencia y disciplina. En una palabra, creo que en un pueblo que no ha caído en la locura, puede ser más útil un bribón activo que un hombre honesto indolente, provocar reacciones, sentimientos e ideas; estimula el trabajo social. Y del trabajo social depende el progreso.

La mejor condición de moralidad de un hombre es saber trabajar. Quien lo sepa, no recurrirá fácilmente al fraude, aunque carezca de ideales; ¡es tanto más cómodo ser honrado que ser pícaro!

La potencia productora de un hombre es el coeficiente de sus hábitos de trabajo. Para trabajar bien es preciso tener la costumbre de trabajar. Un hombre bien intencionado que carece de hábitos de trabajo, en el momento en que se ve requerido por muchas tareas se ofusca y quiebra. Los hábitos de trabajo, hacen la

disciplina del trabajo. La disciplina del trabajo constituye un verdadero poder de ordenamiento y clasificación. Y la disciplina del trabajo es el único preventivo contra el fracaso y la neurastenia.

El derroche y la avaricia son dos pésimas condiciones para el trabajo. Puede combatirse el espíritu de prodigalidad en las escuelas, fomentando las cajas de ahorro o bancos escolares que en Inglaterra, Norte América, Alemania y Bélgica se llaman *pennies banks* (bancos de peniques.) Los maestros pueden estimular a los niños, con un interés cualquiera, a que depositen semanal, quincenal o mensualmente su pequeño óbolo, cada cuál según sus medios.

La avaricia, que es un instinto antisocial, se ataca en la escuela patrocinando asociaciones estudiantiles, literarias y de juegos atléticos, que exigen de sus miembros ciertas cuotas de ingreso y periódicas. Con ello se acostumbra el niño a considerar que las riquezas le imponen deberes de asociación y protección respecto de sus conciudadanos y sus semejantes.

Sobre la expropiación de terrenos en el Guanacaste

Señor Redactor de "UNION"

He leído un proyecto de ley presentado por el diputado don Francisco Mayorga al Congreso el 1º de julio de 1907 y hecho Ley ejecutiva el 12 de junio de 1908.

La importancia de la ejecución de esa Ley es de suma urgencia porque se trata de proporcionarle terrenos propios a los vecinos de varios caceríos ubicados en terrenos ajenos y por medio de la expropiación van a ser dueños del terreno que ocupa cada cacerío y algo más para su agricultura.

Esta Ley del Diputado Mayorga es de mucha trascendencia debido a que fomenta la agricultura, ayuda al pequeño agricultor y adueña al cacerío del terreno que ocupa.

Ahora, digo yo, a propósito de esta Ley y de que casi todos los hacendados de aquí están midiendo sus haciendas, el

Congreso debiera pedir los títulos de todos los terrenos de los hacendados, y hacer un estudio laboriosísimo para conocer de una manera fija, los linderos de dichos terrenos y sujetos a esas resoluciones es que los ingenieros trazaran el plano de los terrenos de cada hacendado y así evitar las dificultades que se están presentando debido a las medidas.

Se dice que los hacendados están abarcando más de lo que en realidad poseen y los pequeños agricultores y vecinos perjudicados explican este dicho así: por ejemplo: El título dice: El lindero viene de Norte a Sur a orillas de los bosques, el hacendado traza las medidas abarcando los bosques. Si el título dice: El lindero viene de E. a O. por las faldas de la cordillera, el hacendado abarca hasta la cima y los pequeños agricultores comprendidos en los bosques o arriba de las faldas de la cordillera aseguran que lo abarcado demás son terrenos nacionales.

Como en este asunto la razón la puede tener el hacendado o la pueden tener los que se consideran perjudicados, para evitar disgustos o desgracias debiera el Congreso o el Poder que le corresponda resolver lo relativo a terrenos de una manera definitiva.

En los terrenos comuneros es otro el asunto. Como el terreno tiene varios dueños y unos poseen más que los otros, al tratar de dividirlo está la dificultad. Si el uno porque tiene más derecho se cree autorizado a apropiarse de lo mejor; los otros no lo permiten y les asiste razón. En este caso, medido el terreno debiera dársele a cada uno de bueno y de malo en proporción a su derecho; pero si entre esos condueños hay alguno pudiente y ha podido encerrar para potrereros lo mejor del terreno, a éste en la repartición debiera castigársele dándole menos terreno en una proporción equitativa, derivada de la comparación de los terrenos.

De Ud. atto. S.,

MANUEL CHAMORRO

SUSCRIBASE A LA REVISTA
"UNION"

QUE TRATA DE INTERESES GENERALES DEL GUANACASTE

LAS ANIMAS DE CASTELLON

En la esquina me dijeron . . .

Pero hagamos una rápida historia.

Cursaba el año de 1907, hacía mis estudios secundarios en el Liceo de Costa Rica y estaba de vacaciones en mi pueblo natal. Me sentía hombre de ciencia y por consiguiente era un come-curas intransigente, enemigo de todas las supersticiones y de todas aquellas leyendas populares que combatía con el aplomo de un sabio a cuyos ojos la naturaleza no tiene secreto que esconder.

Las gentes del pueblo creían en realidad en mis conocimientos sin límites y a diario me ponían problemas que yo siempre resolvía con aquella verbosidad de muchacho decidor y que basado en mis estudios y en la opinión de tal o cual profesor, era la ciencia, la ciencia pura la que fluía de mis labios, que siempre tenían una sonrisa de superioridad y que dejaban convencidos a mis interrogantes.

—¿Qué a los Israelitas les llovió sangre? ¡Mentiras! Polvo rojizo del desierto que con el agua lluvia parecía sangre.

—¿El maná? frutos del maná que el viento arrojaba a grandes distancias.

—¿Que Moisés sacó agua al golpe de vara?—Pozo artesiano y así dejaba convencidos a mis interrogantes.

Pero un día;

En la esquina me dijeron que en la casa de Castellón se aparecían las ánimas . . . que la casa temblaba . . . que se oían ziccos . . . y voces cavernosas, que hablaban de ultratumba; que ni el agua bendita, ni la palma, ni el conjuro de el cura, ni todas las fuerzas divinas juntas, habían podido aplacar aquellas endemoniadas brujerías que todas las noches martirizaban al pobre Castellón, que dicho sea de paso era hombre que gozaba de fama de muy rico y muy tacaño y que tenía tres hijas muy guapas y solteras.

A medio día aquella narración crispaba los nervios y todo el pueblo estaba alaridísimo sin encontrar la explicación de aquellos fenómenos que ya habían bautizado con el sugestivo nombre de *Las Animas de Castellón*.

Uno de la tertulia dijo: que él se atre-

vía hablar con las Animas, pero tendría que llevar *pedra de ara* metidas en la piel y que eso era peligroso porque si caía al agua era como caer una piedra de fondo: no podría nadar.

Otro manifestó que con mostaza bendita derramándola, allí en el lugar, la bruja tendría que amacer recogiendo grano por grano; que tirando el sombrero boca arriba—que con limones cortados en cruz y los más beatos decían que alabando al Santísimo, todo espíritu malo tendría que desaparecer.

Los apuros eran para mí—¿Qué explicación científica iba a dar a a estos fenómenos endiablados? El pozo de la Ciencia se había secado y a decir verdad, a pesar de mi espíritu refractario a la superstición, en pleno medio día y acompañado de toda aquella gente, mis flácidas piernas temblaban y no debía ser de frío, porque el sol brillaba en el propio zenit y en un día canicular.

Nada! Había que salir del paso, bajo la pena de perder mis méritos de hombre de ciencia. Y aprovechando aquel ambiente de pavor que flotaba por donde quiera y siendo yo hombre de observación que no cree en esas noticias porque pueden ser exageradas o absurdas, propuse la idea de ir a ver las ánimas, mas con el propósito de encontrar una negativa que con el deseo de encaminarme un milímetro hacia aquella casa de espanto que tenía oscilante mi reputación de científico.

¡Caso extraño! Aquellas gentes que antes temblaban de miedo y que pelaban tamaños ojazos al oír las narraciones, sea porque mi proposición les dió valor, o porque la curiosidad les impelia a ello, lo cierto fue que aceptaron con entusiasmo y fijaron las seis de la tarde para salir en busca de la casa del misterio.

La Casa de Castellón estaba a una legua poco más o menos del pueblo y había que salir a las seis de la tarde, precisamente a la hora del crepúsculo, cuando la noche baja sus cortinas negras, cuando comienza el reinado de las sombras y los murciélagos y las lechuzas, aves malas, harían las

comisiones de esas viejas brujas doctoras de los viernes.

¡Aquel día era la víspera de mi destreño científico!

Aquella torre de méritos, aquella aureola de fama que me hacía sentirme hombre superior y me enorgullecía hasta no más iba a disiparse, iba a destruirse con más facilidad que se destruye un castillo de naipes, al más ligero soplo.—Todo por las ánimas.—Había que creer o reventar.

* * *

A las seis salía aquel grupo de valientes a dárselas, nada menos que con *Las Animas de Castellón*.—En sus rostros ya no circulaba la sangre, tomando un color de cera y un aspecto desencajado, que hacía presentir un ataque nervioso.

Y el jefe de aquella expedición, el que no tenía miedo porque sus conocimientos de la ciencia le permitían darse cabal cuenta de todos aquellos fenómenos, al tomar el estribo para montar a caballo le temblaban las piernas con más ligereza que la mano de un buen telegrafista que trasmite a prisa.

Ya en el camino los ánimos se fueron calmando al saber que uno llevaba agua bendita, el otro mostaza bendita, piedra de ara, limones en cruz, en fin todo lo necesario para luchar con esos espíritus diabólicos y vencerlos.

Al aproximarnos a la casa que tantos miedos nos causaba, aquella relativa tranquilidad nerviosa se perdía poco a poco, como si una mano oculta se encargara de jalarnos la única hebra de valor que nos quedaba en todo el cuerpo.

Llegamos.—En aquella casa no había la menor sospecha de que existieran espíritus malos; todo estaba tranquilo, alumbraba la mansión una candela que nos permitió saludar a toda la familia que ahí estaba reunida.

Por fin apesar de mis ataques nerviosos, ya había demostrado que las tales ánimas eran supersticiones de las gentes ignorantes y que en aquella casa no había sino un hogar tranquilo.—La sangre empezaba a circular en el rostro de mis acompañantes y todos me veían con miradas de satisfacción, como diciéndome «tenía razón, eran cuentos».

Yo tomaba ya mis posturas de sabio y queriendo recalcar mis triunfos para hacerlo más ruidoso al día siguiente en el pueblo, le dirigí la palabra al viejo Castellón diciéndole:

—Señor, aquí nos ha traído la novedad de que en su casa hay unos espíritus que lo intranquilizan; nosotros no creemos en tales cosas y hemos querido probar personalmente cuánto hay de cierto en estas cosas.—Le suplicamos nos diga la verdad.

El viejo Castellón con aquella su serenidad despaciosa que le daban sus años, nos dijo, con un gesto del que no entiendo algo, pero que no le tiene miedo:

—Sí, aquí asustan, pero sólo cuando estamos oscuras. Si Ud. gusta yo apago la candela para que vea.

¡Ay, Dios mío! Se perdió la calma, los rostros volvieron hacer de cera, las posturas tiezas de sabio enfatuado, se tornaron flojas y languidecientes; pero ¿qué camino quedaba, encerrado como estaba en aquel callejón que no tenía más salida que hablar con las ánimas diabólicas, y haciendo un esfuerzo sobre humano, dije, casi balbuceando: a...a...a...pa...gue.... la....

—¡ufff! sonó el soplido del viejo Castellón.

¡Maldita luz que tenía amarrados los espíritus diabólicos y ahora los dejaba en libertad!

Aquella casa temblaba como si estuviera en la propia falda de un volcán en erupción, sus tabiques de madera crujían como si se estuvieran quebrando, aquello era un desorden; gritos, llantos, alabando el Santísimo.—De pronto, la casa quedó en un temblor lento y oscilatorio que dió esperanzas de que aquello tocaba a su fin.—Pero de una esquina salió un gemido tan lento y prolongado que nos filtró hasta los propios tuétanos.

¡Agua bendita! ¡limones en cruz! ¡mostaza! exclamé.—Y los gemidos seguían con voces entrecortadas que hablaban de ultra tumba.

Que... se... case la Juana con Pedro... Estoy en penas.....

Las tres jóvenes estaban atacadas y hubo que encender luz para atenderlas.

Con las sombras se fueron los espíritus que la luz mágica de aquella candela tenía

el poder de amarrarlos.

La casa estaba mojada de agua bendita, por donde quiera había palma, en el suelo la mostaza regada, la piedra de ara se había perdido y en el ambiente había un olor acre a ácido cítrico, según había sido la cantidad de limones partidos, sin lograr auventar aquellas ánimas desertoras del purgatorio.—¡Sólo la luz de la candela había podido ejercer aquel milagro!

El individuo que hubiera sufrido aquella prueba de valor, estaba capacitado para entrar al propio purgatorio y jugar al escondido con las ánimas que ahí purgaran sus pecados. Por eso y por el valor que me daba la luz de la candela y por hacer el supremo esfuerzo de no perder el prestigio científico salí de la casa revólver en mano y disparé unos tiros que obligaron a tres individuos a salir fugitivos.—Ahí estaba la clave.

Aquellos superticiosos no me quisieron creer; pero ya estaba justificada mi vanidad de científico. Las ánimas no dejaron de molestar al sencillo viejo Castellón hasta que se casaron sus tres hijas.

CLÍMACO PÉREZ

6. 15. 1920

Tópicos interesantes de nuestra provincia

Filadelfia, Abril de 1920.

Señor don Salvador Villar

San José.

Estimado y viejo amigo:

«Más vale tarde que nunca»; pero aquí estoy a tus órdenes rindiéndote las gracias porque en tu cordial y patriótica misiva citas mi nombre excitándome a que diga algo acerca de la unión de los elementos sociales y políticos de nuestra provincia, tópico de suyo interesante para todos los que sentimos afecto por este viejo terruño donde todo es bravo: su sol de fuego, sus volcanes en ignición, sus abruptas cordilleras, sus profundas selvas, la caudalosa corriente de sus ríos, sus tormentas azotando las llanuras, sus huracanes derribando los árboles del añoso bosque, sus mares agitados por la tempestad, sus escarpadas costas calcinadas por el sol, las pasiones de sus hombres y el amor de sus mujeres, parece que todo se nutriera de ese hálito de fuego que circula en el ambiente, y de ese aroma especial de madreporas, de algas y de líquenes, que nos traen las auras marinas, mezclado con cierto fuerte olor a yodo y a fósforo, que viene del mar.

* * *

¿De qué se trata, amigo Villar? ¿De la restauración, de la salvación de nuestra provincia agonizante?

Ella no está aniquilada ni perdida. Respira aún.

Al menos así lo expresan sus montañas preñadas de valiosos metales, sus bosques cuajados de preciosas maderas, de plantas textiles y medicinales; su tierra ubérrima regada por caudalosos ríos,—y por pequeños manantiales de aguas

gaseosas y termales; su abundante fauna, su variada flora sus amplias, tranquilas y profundas bahías, sus accidentadas costas; sus enhiestos cabos; sus poéticos golfos donde vive, crece y se multiplica el molusco que produce las perlas sólo comparables con las de Basora, las del Golfo Pérsico, las del Cuerno de Oro y las de los mares de la India.

Pero esto no es fantasía. Es algo real que supera a nuestra fantasía.

Ahí están esos cerros de Kaolín, esos depósitos de sílex, esos yacimientos de azufre, esas fuentes termales y de aguas minerales gaseosas, esas ricas vetas de oro que acaba de denunciar el doctor don Leonardo Rodríguez, a quien, como a un nuevo Colón, le negaron todo auxilio capitales del país; pero el Doctor Rodríguez, poseedor de una clara visión del porvenir y de un corazón joven por su optimismo y ardiente por su entusiasmo, mandó muestras de sus descubrimientos a las principales centros industriales del mundo y escribió a periódicos extranjeros, como a "Ibérica", revista que se edita en España. Y ahora lo estamos viendo al frente de un sindicato extranjero cuyo centro es, si mal no recuerdo, Nueva York; sindicato formado por su iniciativa y por su constancia de vidente.

Bien.—El tuvo necesidad de lanzarse en busca de otros horizontes, porque nuestro medio raquítrico y estrecho, le impedía respirar a pulmón lleno.

Capitales del país, amasados a fuerza de economías y de ayunos, de avaricia y de egoísmo, se plegaron ante la excitativa del Doctor, quien presentaba sus alforjas repletas de piedras minerales en estado natural y de botellas que contenían aguas gaseosas y termales, y sus bolsillos henchidos de papeles y de planos; y esos capitales del país se miraron con recelo, y luego miraron al Doctor con mirada entre socarrona y compasiva como cuando se mira a un loco gracioso; pero el Doctor conocedor del medio ambiente que nos asfixia, sonrió ante aquellos capitales del país como quien sonríe ante niños ignorantes, y luego se alejó de ellos, con las manos dentro de los bolsillos de su pantalón, como diciéndose: «voy con mi negocio entre manos». Y, allá vá... con el corazón palpitante de esperanza, hacia la montaña azul.

* * *

¿Quién tiene la culpa de que tanta riqueza natural tenga que ser explotada por capitales extranjeros?

¿Nuestros antepasados ignorantes y sencillos labriegos que nunca salieron de su concha?

Acaso tengan la culpa nuestros gobiernos faltos de previsión para establecer escuelas superiores, donde por medio del estudio objetivo de la Geología nos dieran a conocer las diversas capas de la tierra, aplicándonos a la práctica de la mineralogía.

Acaso la generación presente sea la culpable por no haberse unido para poner el pecho frente a la mala situación; pero cuando esta se produjo nosotros ya habíamos nacido, de modo que somos hijos de esa mala situación y estamos creados para su servicio; por eso carecemos de ideales bien definidos; carecemos de espíritu de cooperación, pues somos incapaces de poner en práctica alguna idea útil a la colectividad; carecemos de altruismo porque miramos con glacial indiferencia la desgracia o la contraria suerte de nuestros compañeros; carecemos de solidaridad en nuestros propósitos de progreso, en cambio de casa a casa, de pueblo a pueblo nos odiamos cordialmente hasta el punto de negar nuestras cualidades individuales.

Cooperación, altruismo, solidaridad, tan hermosas y fragantes flores, arrancadas fueron de nuestro corazón por la mano impia del egoísmo salvador que a cada paso nos grita: «Salves quien pueda».

Ya veo delinearse en tu pensamiento la silueta de la escuela como remedio restaurador.

La escuela del futuro es posible que pueda mejorar nuestras generaciones futuras.

Pero la escuela actual, convertida en infructuoso campo de ensayos de métodos pedagógicos, de cuyas aulas salen por turno jóvenes de quince años que no saben leer correctamente, que no saben escribir una carta, que no saben sumar, que no saben conducirse en la calle con las personas mayores, ni en la casa con sus padres; esa escuela es un desastre.—Tal es el resultado práctico de la escuela actual, a veces servida por inspectores y maestros concupiscentes, libidinosos a quienes no les importa faltar, con-

alumnas y con maestras, a sus deberes como profesionales y como caballeros, y a quienes no es posible exigirles casarse por 2a., 3a., 4a., ni 5a., vez porque en las leyes de Costa Rica no existe la poligamia, y porque sus rentas no serían suficientes para mantener tantas esposas.

A veces pienso que nuestra escuela no ha salido todavía de aquellos dichosos tiempos líricos en que los sátiros, gárrulos y traviesos, corrían tras de las deidades del bosque, a la orilla de las fuentes, bajo las frondas rumorosas, de donde surgía vibrante el epitalmio inmortal que en su rústica flauta de caña entonaba el Dios Pan.

¿Qué educación cívica, qué educación moral puede recibir el alumno bajo la dirección de esos maestros que no supieron erigirse con gesto de hombre ante los desmanes del tirano de pantomima que pasó por nuestro escenario político?

Es de advertir que en el personal docente hay excepciones muy honrosas que merecen todo nuestro respeto.—A ellas no nos referimos.

No tenemos escuela de artes y oficios ni de enseñanza superior aplicada a la minería, a la mecánica, a la agricultura y a otras industrias y profesiones; no tenemos vías rápidas de comunicación a pesar de que poseemos los mejores puertos del país, que inmediatamente nos ponen en contacto con el mundo civilizado.

En presencia de este cuadro me cabe preguntar: Somos ciudadanos o somos parias costarricenses?

Interpretando el sentir general del país, don Julián Volio dijo en cierta ocasión que el Guanacaste era oneroso a Costa Rica, y en otra ocasión más reciente, don Ricardo Jiménez dijo: que el Guanacaste no producía para los gastos de su administración, que en consecuencia, era preciso devolvérselo a Nicaragua.

¡Señores legisladores, aceptamos el cambio, porque esta provincia antes que costarricense debe ser centroamericana, y antes que Centroamericana debe ser continental! La Tierra, la ancha Tierra, es nuestra patria!

¡Atrás egoísmos de aldeal! Atrás horizontes de campañario!

Si para nuestra felicidad, sobre árido peñón que se yergue magestuoso entre las espumas del mar cuyas iras desafia, encontramos vacío algún nido de gaviotas, ese mar, ese peñón, ese nido, es nuestra patria; si al cruzar por el desierto encontramos algún oasis que nos brinde su blanco césped, sus sabrosas frutas, la sombra de sus palmeras, el agua de sus fuentes, ese delicioso oasis es nuestra patria!

Si en las pampas argentinas, si en las estepas rusas, si en la nevada cordillera de los Andes puede el hombre plantar su tienda y sentirse feliz, allí es su patria.

El día en que la especie humana pueda equitativamente distribuirse en este Planeta, de modo que cada individuo llegue a poseer su predio, su parcela de tierra para que la cultive con cariño, ese día brillará para esta humanidad irredenta aquella feliz edad de oro tan anunciada por los bardos de todos los tiempos.

Si en atrevido vuelo nuestra fantasía nos lleva más allá de ese reguero de mundos, a través de espacios siderales, en pos de ignota estrella en cuyo seno pueda nuestra mente reposar un momento, ese punto luminoso perdido en lontananza es nuestra patria. El concepto de patria puede ampliarse hasta lo infinito.

El Universo es nuestra patria.

Estamos en el momento psicológico de resolver si seguimos bajo el protectorado del Sur que pone en el muellecito de Puntarenas una tranca aduanera para nuestros productos y un registro minucioso para nosotros como si se tratara de un país enemigo, un protectorado que todo lo centraliza, que fabrica médicos, farmacéuticos y abogados, gentes que consumen y no producen, sino la disminución de rentas particulares; un protectorado que no hace electricistas, mineros, mecánicos, agricultores, industriales, etc., modernos cíclopes, casta digna de Vulcano y de Ceres, capaz de contribuir al aumento de los capitales nacionales porque está preparada para explotar las riquezas naturales del país; un protectorado que desconoce el valor de nuestras tierras, porque si algún finquero solicita para

trabajar dinero a banqueros de esa ciudad, ofreciendo en garantía alguna finca de esta provincia, contesta aquel Tartufo muy campante: "sobre fincas de Guanacaste no adelantamos ni una peseta"; un protectorado que no da para hacer caminos, calzadas ni puentes, y que no da para el entierro de esos gloriosos cadáveres presentes, cuyos nombres son: *Independencia Política y Soberanía Nacional*.

Estamos en el momento psicológico de prepararnos para presenciar la abertura del Canal de Nicaragua.—De camino se arregla lo que falta.—Por lo pronto nuestras fincas, por su proximidad a la zona del futuro Canal de Nicaragua, serán valoradas en la proporción de mil por ciento.

Ya bailamos el Fox Trot con más sa!, con más donaire que cualquier americano del Norte; pero también bailamos el Punto liberiano, lo que prueba que sin perder nuestra lengua materna ni nuestras costumbres llegaremos a practicar el inglés, a resolver operaciones aritméticas y a pensar en inglés, porque tenemos una facilidad de Simios para asimilarlos todo por exótico que sea.

Sobre bases científicas tendremos agricultura, ganadería, minería y otras industrias, y nuestra exportación aumentaría a medida que aumente nuestra producción.

Entonces los enormes trasatlánticos anclados en nuestras radas; la luz eléctrica distribuida en nuestras poblaciones, y la ruda locomotora, vibrante y convulsa, bajo la oscura melena tendida al viento, cruzando nuestras llanuras, anunciando al mundo que los signos del tiempo se cumplirán, que sonó la hora del destino, que llegamos a la cumbre donde se cantan los himnos del triunfo de la vida y que vivimos en medio de la bullidora colmena del trabajo.

¿Qué dije? ¡Estaba soñando!

Es la futura realidad vivida ahora en nuestra mente.

Excito a mis comprovincianos a que mediten en el palpitante cuadro que a grandes rasgos del tiempo se trazado porque "sonó en la torre la señal".

Amigo Salvador, muy cordialmente,

GUSTAVO DUARTE

Pro-Guanacaste

Es satisfactorio para nosotros tener un vocero provincial que defienda y haga propaganda a los intereses del Guanacaste.

Merecen nuestra cordial felicitación el fundador y los redactores de UNION por el esfuerzo realizado en bien de la comunidad.

El Guanacaste ya necesitaba este vocero para la propaganda de sus artículos comerciales; para que se sepa que gran parte de los frijoles, maíz, arroz, queso, manteca de cerdo, el ganado, los cerdos, etc. etc. son productos que ella envía a los mercados del interior y a los del exterior, maderas, oro, manganoso, cueros, plumas de garza, caucho, corozo, concha perla etc.

El Guanacaste debe dar a conocer sus riquezas. Tenemos cerros enormes de ocre, de tiza, de piedra de cal etc., que solo esperan las buenas carreteras para entrar en los mercados a competir con los mejores productos de esta índole.

Yo insto, pues, a los buenos hijos de la provincia para que ayudemos en esta tarea a los directores de UNION para ver surgir muy pronto nuestra provincia.

DIMAS JUNES OBANDO

El caso de Adán y Eva repitiéndose siempre

Sucedió que un rey, que había ido a cazar, se perdió. Habiéndose acercado a un paraje en donde oyó que conversaban, vió a un hombre y una mujer que cortaban leña. Ella decía: Es preciso confesar que nuestra madre Eva obró mal al comer la fruta prohibida. Si hubiera obedecido a Dios no tendríamos ahora la pena de trabajar todos los días. El hombre le respondió: Eva hizo muy mal ciertamente al comer la fruta prohibida, pero Adán debió haber sido más prudente y no hacer lo que ella le decía: Si yo hubiera estado en su lugar y tú hubieras pretendido hacerme comer aquella fruta, no te habría escuchado. El rey se aproximó y les dijo:—Vosotros la pasáis mal, pobres gentes?—Sí, respondieron; trabajamos como caballos desde la mañana hasta la noche y apenas ganamos para mal vivir.—Venid conmigo, les dijo el rey; os alimentaré sin que tengáis que trabajar. En este momento los oficiales del rey, que andaban buscándolo, llegaron y los humildes leñadores se quedaron admirados y se pusieron muy contentos. Cuando llegaron al palacio el rey hizo que les dieran habitación confortable, un coche, lacayos y todos los días les servían a la mesa doce platos.

Transcurrido un mes, un día les sirvieron veinticuatro platos, y en el centro de la mesa fue colocado uno grande tapado. La mujer, que era curiosa, quiso destapar este plato, pero un oficial que estaba presente, le dijo que el rey prohibía tocarlo y no quería que viesen lo que contenía. Cuando los criados se retiraron el marido notó que su mujer no comía y estaba triste. Le preguntó qué le pasaba a lo que ella le contestó que no deseaba comer de aquellos manjares, pues lo único que apetecía era descubrir y saborear lo que había dentro del plato tapado. ¿Estás loca, le dijo el marido, no has oído la prohibición del rey? Entonces la mujer se puso a llorar y dijo que se mataría si su marido no la complacía quien, como la quería tanto, al verla llorando, le ofreció hacer todo lo que ella pidiera con tal de que se consolara, y diciendo esto destapó el plato del cual saltó un ratoncito que se escapó rápidamente por el

cuarto. Corrieron ellos a coger el animalito el cual se introdujo en un agujero. Acto continuo se presentó el rey y preguntó por el ratoncito. Señor dijo el marido, mi mujer me atormentó con el deseo de ver lo que contenía el plato; lo destapé muy a mi pesar y el ratón se escapó.—Ajá! exclamó el rey, no decías tú que si hubieses estado en lugar de Adán no habrías escuchado las insinuaciones de Eva? Qué se hicieron tus promesas? Y tú, mujer inconforme y caprichosa, a pesar de tener todos los ricos manjares deseables, has pretendido comer del plato que es había vedado! Salid, desgraciados, seguid trabajando en el bosque y no volváis a criticar a Adán y Eva, pues habéis cometido la misma falta que vituperabais.

(TRADUCIDO DEL FRANCÉS POR S. VILLAR)

Antonio Castillo Leiva

Dejó de existir en la ciudad de Santa Cruz, este honrado comerciante padre de numerosa familia, perseverante en el trabajo, caballero sin tacha, amable y bueno con su clientela.

Don Antonio fue uno de esos hombres de carácter recto, la honradez fue su guía, nunca tuvo prejuicios de familia y siempre estuvo del lado de la justicia. Con esfuerzo y tezon hizo una pequeña fortuna que le permitió pasar bastante bien, con los suyos todos los días de su vida.

Deja un vacío en la Sociedad santa cruceña, que lamenta su prematura muerte.

"Unión" presenta su más sentido pésame a su señora esposa, a sus hijos Máximo Solano y Sra. Orfilia, Fradique y Joaquín Castillo y demás familia.

DE BELEN

Recibi "Unión".

Sería de mucho provecho en realidad levantar el espíritu de fraternidad y la inclinación de saber aprovechar el tiempo y las ocasiones favorables que se prestan para el desarrollo de las industrias, la agricultura y otras no menos interesantes ramas de la actividad productiva y económica.

PABLO VILLARREAL